

# Corazón junto al fusil

El respeto por la vida del adversario define a la Revolución cubana, una postura ética que los imperialistas insisten en ignorar, aseguran dos combatientes de Playa Girón

| Juanita Perdomo Larezada

**M**IL VECES han narrado sus historias, mil veces han contado de los días de Girón que llevan cargados en la memoria como mochila de combate que no abandonan. Lo único que jamás habían confesado Martín Vila y Pablo Cardoso había sido la otra guerra en la que combatieron, para que la rabia no los llevara a cometer



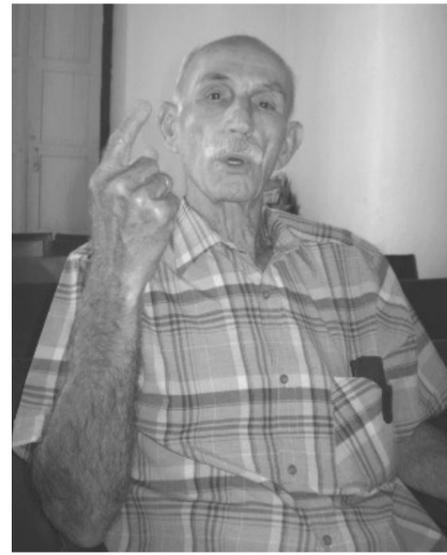
Vila y Cardoso. | fotos: Noryis

locuras contra el enemigo que quiso aniquilarlos.

Respetarles la vida a los mercenarios que desembarcaron con los más viles propósitos suena muy fácil, pero estos hombres saben del colosal acopio de paciencia que tuvieron que hacer para no agredirlos ni con un cocotazo.

Desde muy jovencitos, cuando la lucha armada los tuvo por soldados, Fidel les enseñó el respeto por el adversario, coinciden estos hermanos de la histórica gesta.

“Unas de las cosas que sirvió para fortalecer más a la Revolución fue el trato dado a los enemigos, un factor de extraordinaria importan-



cia que marcó su carácter verdaderamente humanista”, valora Martín.

“Pero aunque la mayoría de nosotros estábamos dispuestos a cumplirlo, siempre hubo compañeros a los que las circunstancias los llevaban por el camino de la desobediencia”.

Así sucedió tras la captura de cuatro mercenarios, “unos cobardes que repetían: no nos maten, no nos maten, y a quienes aseguramos que serían juzgados en su momento, porque los asesinos eran ellos. Sin embargo, tuvimos que ponernos muy fuertes ante la reacción de uno de los nuestros, loco por arrancarle la cabeza.

“Eso merecían, pero no podíamos permitirlo. El resto de la tropa lo sabía y lo enfrentamos enérgicamente. Los invasores llegaron sanos y salvos a su destino”.

Tal ética de lucha ya había acompañado a Martín Vila por el lomerío del Escambray. “Con un buen número de bandidos tuvimos que compartir nuestra laticia de leche para que no se murieran de hambre, fíjese hasta dónde llegó nuestro respeto a la vida humana, un gesto no siempre aprobado por todos, pero que marcaba la diferencia de principios entre los mercenarios y los defensores de la Patria”.

El corazón se le aprieta a Pablo Cardoso, combatiente de la toma de Santa Clara, como integrante de la columna dirigida por el Che. El compañero de El Vaquerito siente hoy el mismo dolor que cuando el 17 de abril de 1961 la aviación mercenaria casi destroza a una parte del batallón que avanzaba por algunos poblados como Yaguaramas.

“Estábamos a unos kilómetros de la posición que debíamos ocupar, cuando el ruido de los aviones nos alegró porque pensábamos que eran los nuestros. Ya se conoce que engañosamente utilizaron insignias cubanas”.

Estos hermanos de contienda son dos eternos convencidos de que el respeto por la vida del adversario define a la Revolución cubana. Lo saben la Sierra Maestra y el Escambray, Playa Girón también lo supo.

## Paula no cocina para mercenarios

| Juanita Perdomo y Norge Céspedes

Ellos estaban en peligro. Ella misma también lo estaba, “pero cuando las cosas se ponen malas, una madre solo piensa en sus muchachos, no hay lugar para nada más”. Paula Guerrero Calderón debía regresar cuanto antes a la casa, presentía que de eso iba a depender la salvación de sus hijos.

Pero el presagio no le llegó por casualidad. Nada sospechó de lo que sería el 17 de abril de 1961 hasta que unos hombres armados la bajaron del camión donde viajaba con el esposo. Entonces sintió una opresión en el pecho. ¿Qué será de mis niños?, se dijo y por su mente cruzó el urgente desfile de siete imágenes, desde la de Rafael, el mayor, hasta el menor Carlos, de 10 meses.

En El Ébano Real, un caserío levantado unos seis kilómetros antes de Playa Girón, los niños quedaron al amparo de la anciana abuela cuando a las seis de la mañana sus padres salieron de la casa para ir de compras a Cienfuegos y regresar temprano. Ese era el plan y eso repasaba Paula cuando las voces la paralizaron.

“Manos detrás de la cabeza y quietecitos, quitecitos”, les ordenaron, mientras un rastrilleo de armas se le coló en los oídos. “Nos dijeron que si nos portábamos bien saldríamos de aquello, y un rato después nos mandaron a caminar dentro de

un pequeño tramo de carretera que ellos marcaron.

“Como parece que no sabían qué hacer con nosotros, nos tuvieron así —paseándonos de aquí para allá, de allá para acá— hasta casi



“El techo que los invasores me quitaron, la Revolución me lo devolvió”, Paula Guerrero. | foto: Reinier Dávalos

las 10 de la mañana. Después nos entraron en lo que es hoy la Villa Turística Playa Girón. A mí me pidieron que fuera su cocinera. Me negué. Ni muerta lo iba a hacer. ¿Qué se creían ellos?”

Paula rechazó la oferta con cierto disimulo, se trataba de “no hacer lo que esos hombres armados querían”,

y el argumento usado era que debían soltarla para reunirse con sus hijos.

Como castigo a su negativa, la encerraron sola en un cuartico de guardar instrumentos de limpieza. Únicamente había espacio para sentarse. “Aquello estaba muy oscuro. Ahí estuve sin que me dieran ni un vasito de agua hasta que como a las cuatro de la tarde, sentí unos pasos y empecé a gritar, a dar voces de no aguanto más, no aguanto más...”

“Como a la media hora me llevaron ante el jefe. Le expliqué mi situación, lo de los muchachos. Me decía que no y yo que sí, que sí. Le pregunté si él tenía hijos y me respondió que tenía. Entonces yo le dije: ¿cómo puede ser que no me comprenda? Parece que aquello lo conmovió, pues me soltó, pero quería que me fuera sin mi esposo”.

Al final, todavía no sabe cómo, también liberaron a su hombre. Les dieron un papel, una especie de salvoconducto que mostraron unas cuantas veces por el camino.

El agotamiento, la sed, el hambre eran soportables, los malos pensamientos no. Más de 6 mil metros recorridos en medio del terror del combate hasta que la puerta se abrió y notaron que los suyos estaban allí, vivos, aunque cautivos del miedo.

“Al otro día por la mañana, el 18, no sabíamos qué hacer, permanecimos ahí en la casa, a ver qué pasaba.

A mediodía un avión empezó a tiro-tear. Los muchachos armaron tremenda gritería. Salimos corriendo hacia el patio.

“Todo parecía indicar que nos bombardearían, cuando se me ocurrió detenerme y alcé al más pequeño, para que se viera a qué le tiraban...” Ante el asombro de la familia, relata, el avión dio la vuelta y se marchó.

En una cueva pasaron como pudieron la noche. Con el amanecer, Paula se escapó para explorar lo suyo y quedó sobresaltada cuando vio su casa convertida en cenizas. El desconuelo le rozó el corazón, mas enseguida concluyó que lo sucedido era nada comparado con el milagro de que todos los miembros de su familia siguieran vivos.

“Esa misma mañana apareció la gente nuestra y nos llevaron a un lugar seguro. Allí supimos que ese propio 19 de abril la invasión yanqui había sido derrotada en menos de 72 horas...”

“Fue una victoria grande, la que merecía Cuba y un pueblo sufrido como el de la Ciénaga de Zapata, que empezó a ser persona con la Revolución...”, dice y mueve la cabeza incrédula ante la suerte de haber sobrevivido para contarla.

A su manera, ella también combatió en Girón, libró su propio combate, le ganó al enemigo y se salió con la suya. Paula no cocina para mercenarios.